

ALVARO GARCÍA DE MOVELLÁN HERNAINZ

VIDA DE ALEJANDRINA MARÍA DA COSTA



ALMA VÍCTIMA

Una niña traviesa y bromista

Alejandrina María da Costa nació en el pueblo de Balasar, provincia de Oporto (Portugal), el 30 de marzo de 1904. En aquellos momentos el pueblo contaba con más de mil habitantes.

De pequeña, a los tres años de edad, intentó coger un tarrito de brillantina que estaba sobre una mesita mientras su madre dormía. Pero el tarro se le cayó rompiéndose en pedazos. Ella también cayó y se hizo una herida en la boca cuya cicatriz llevó durante toda su vida.

Conforme fue creciendo mostró ser una niña muy alegre a la que le gustaba mucho bromear. También era bastante traviesa. Ataba los cordones de los zapatos de las mujeres mientras estaban sentadas, simulaba que se había pillado los dedos con los muebles de la casa para observar divertida las reacciones de susto de sus familiares... Muchas veces se peleaba con su hermana Deolinda, mayor que ella, de carácter más tranquilo.

No obstante, si la situación lo requería, era capaz de vencerse a sí misma y sus caprichos, mostrando así firmeza de carácter. Su mayor victoria en este sentido fue cuando murió un tío suyo por una terrible gripe, llamada la "Española", que asoló Europa por aquella época. Ella no quería entrar en la habitación donde había muerto su tío porque le daba miedo quedar infectada. Sin embargo, cuando le pidieron que cerrara la ventana de dicha habitación, se dijo a sí misma: "Debo vencerme, debo superar el miedo". Fue capaz de hacerlo.

“Desde entonces -narraba ella misma- no volví a tener miedo: me había vencido a mí misma”.

A los 7 años hizo la primera comunión. Recibir a Jesús sacramentado fue una gracia especial, que le trajo innumerables beneficios a su vida. Por aquí comprobamos lo importante que es para los niños poder comulgar. Ella misma narraría más adelante: “Durante la comunión, hubiera deseado quedarme siempre de rodillas, aunque era muy pequeña, mirando la Sagrada Forma: me quedó grabada en el alma. Me pareció que me unía a Jesús de forma inseparable. Él se ató mi corazón. La alegría que experimenté no la sé explicar”.

Su adolescencia fue muy vivaz: dotada de un temperamento feliz y comunicativo, era muy amada por las compañeras. Sin embargo a los doce años enfermó: una grave infección (quizá una tifoidea) la llevó a un paso de la muerte. Superó el peligro, aunque físicamente quedó muy marcada.

El incidente

Paralítica por evitar su violación

30 de Marzo de 1918. Sábado Santo. Se encontraban en la casa Alejandrina (que en aquel momento tenía catorce años de edad), su hermana Deolinda y una amiga llamada Rosalina. Deolinda estaba cosiendo a máquina (trabajaba de costurera), la amiga cosía a mano y Alejandrina, que estaba todavía convaleciente de una enfermedad que le había molestado semanas antes (fiebre intestinal), estaba

planchando. De repente vieron por la ventana a tres individuos que se dirigían hacia la casa. Deolinda presintió algo raro y ordenó a Alejandrina que cerrara la puerta de la sala. Un poco después escucharon los pasos de estos hombres por la escalera y luego unos golpes en la puerta.

-¿Quién es?- preguntó Deolinda

Uno de ellos ordenó que se les abriera la puerta. Deolinda respondió:

-Vosotros no habéis encargado ningún trabajo. Por eso no se abre.

Hubo unos instantes de silencio y después las chicas escucharon como uno de los hombres subía la escalerilla que llevaba desde la planta de abajo a la sala donde se encontraban a través de una trampilla situada en el suelo. Aterrorizadas arrastraron la máquina de coser encima de la trampilla. El hombre, al darse cuenta de que la trampilla estaba cerrada, golpeó con una maza hasta romper las tablas, logrando abrir un agujero por el que se introdujo en la sala. Deolinda, al ver esto, abrió la puerta y consiguió escapar, aunque los otros dos hombres trataron de sujetarla por el vestido. Alejandrina, ante aquella escena, pensó que estaba totalmente perdida. Estaba claro lo que los hombres querían: habían venido a violar a las muchachas. Alejandrina valoraba su pureza, su virginidad, por instinto natural y por sentido cristiano de amor a la virtud a la castidad. Miró la habitación y vio la ventana abierta. Sin dudarlo, para proteger su pureza, se tiró por ella lanzándose al vacío. Cayó pesadamente en el jardín desde una altura de cuatro metros. Quiso levantarse

enseguida pero no pudo. Un dolor agudo le atravesaba la espina dorsal.

Pasados unos segundos, con esfuerzo, logró levantarse. Cogió un palo del suelo y corrió a defender a su hermana que, en esos momentos, había sido bloqueada por los otros dos hombres. “¡Fuera de aquí!” gritó con el palo en la mano.

Finalmente los hombres decidieron desistir de sus malvados propósitos y se fueron. Las chicas, emocionadas y agotadas, volvieron al trabajo. Durante un tiempo no dijeron nada de lo ocurrido. Pero finalmente los padres se enteraron sobre todo porque la amiga lo contó todo.

Las consecuencias de aquella caída fueron terribles, aunque no inmediatas. Pasados unos días Alejandrina fue presa de fuertes dolores y se vio forzada a estar en cama durante largos periodos de tiempo. Algo malo pasaba en su cuerpo y ella misma sospechaba que aquella caída iba a ser más grave de lo que se pensó en un principio.

En efecto: las diversas visitas médicas a las que se sometió sucesivamente diagnosticaron siempre con mayor claridad un hecho irreversible. Alejandrina corría el riesgo de quedar paralítica.

Al principio la enferma trató de distraerse pensando que la cosa no llegaría a tanto. Invitaba a las amigas a jugar a las cartas con ella y procuraba quitarle dramatismo a lo sucedido. Rezaba a Dios para obtener la curación y prometió varias cosas si tal curación llegaba. Su madre y sus familiares rezaron novenas e hicieron también promesas para alcanzar

la gracia. Pero Alejandrina, lejos de sanar, empeoraba cada vez más.

Conforme iba creciendo su dolor renunció a los pasatiempos inútiles con los que trataba de ocupar los días. Empezó a crecer en ella el amor a la oración y el deseo de unirse a Jesús sacramentado.

Hasta los diecinueve años pudo aún arrastrarse hasta la iglesia, donde, totalmente contrahecha, permanecía gustosa, con gran maravilla de la gente.

Después la parálisis fue progresando cada vez más, hasta que los dolores se volvieron horribles, las articulaciones perdieron sus movimientos y ella quedó completamente parálitica a consecuencia de una mielitis en la espina dorsal. Era el 14 de abril de 1925, cuando Alejandrina se puso en el lecho para no levantarse más por los restantes treinta años de su vida. Imaginaos lo doloroso que puede ser para una chica en plena juventud, con apenas 20 años cumplidos, darse cuenta de que su vida entera transcurrirá en una cama.

La curación no va a llegar

Hasta el año 1928 no dejó de pedirle al Señor, por intercesión de la Virgen, la gracia de la curación, prometiendo que, si se curaba, se haría misionera. Ese año la parroquia organizaba una peregrinación a Fátima y Alejandrina sintió renacer la esperanza de que, a través de la Virgen Santísima, obtendría la curación. Quería ir al famoso lugar de las

apariciones pero no pudo ser: era un viaje muy largo y solo tocarla o moverla de la cama le causaba terribles dolores.

Tras la peregrinación Alejandrina comprendió que, a pesar de las muchas oraciones, no obtenía lo que con tanta intensidad pedía. Poco a poco fue sometiéndose a la aceptación de que el plan de Dios sobre su vida pasaba por la enfermedad. Apagó todo deseo de curación y se dedicó a amar el dolor y a pensar sólo en Dios.

A las personas que se compadecían de que la Virgen en Fátima no le hubiera obtenido la gracia de la curación Alejandrina les decía:

-Nuestra señora me ha concedido una gracia aún mayor. Primero la resignación, después la completa conformidad con la voluntad de Dios, y al fin el deseo de sufrimiento.



Su amor a la Virgen era inmenso. Quería tener una estatua de Nuestra Señora. Comenzó a ahorrar un poco de dinero, privándose de algunas cosas. Pudo comprar una pequeña estatua de la Virgen de Fátima. Le encantaba adornarla con flores y velas en un pequeño altar que preparó al lado de su cama.

Al principio del mes de mayo dirigía a la Virgen María la siguiente oración: “Madre de Jesús y Madre mía, escucha mi oración. Te consagro mi cuerpo y todo mi corazón. Purifícame, Madre Santísima; lléname de tu santo amor”.

Esta entrega a la Virgen, sin duda alguna, le iba a alcanzar las grandes gracias místicas que iba a recibir inmediatamente, pues es bien sabido que, cuando nos ponemos en manos de la Virgen, Ella nos lleva rápidamente, de forma segura y eficaz, hacia la unión más profunda con su hijo Jesús.

Comienzan las gracias místicas

Alejandrina empezó a vivir una vida de oración y ofrecimiento a Dios de su dolor, con plena aceptación de su enfermedad. Sólo quería hablar y oír hablar de Dios. Su vida de parálisis absoluta quedó totalmente entregada a Dios. Por supuesto pedía que se le llevase la sagrada comunión con la mayor frecuencia posible.

Era una chica tan piadosa y fervorosa que en el año 1933 recibió permiso para que se pudiera celebrar la Santa Misa en su habitación.

Ese mismo año la familia sufrió una ruina económica muy grande que duró seis años. Pasaron muchas estrecheces. Alejandrina, a veces, no tenía ni siquiera mantas para protegerse del frío. Todas estas penalidades las ofrecía con mucho amor al Señor.

En Septiembre del año 1934 comenzaron los primeros fenómenos místicos. Alejandrina empezó a escuchar la voz de Jesús que le hablaba, le decía cosas, le revelaba misterios de su amor. Esta gracia mística se llama “locuciones sobrenaturales”. La primera persona que empezó a apuntar estas locuciones fue su hermana Deolinda.

No eran sólo palabras. Alejandrina empezó a sentir la presencia del Señor en su vida de una manera muy especial, incluso con sensaciones físicas y emocionales que la dejaban llena de paz, alegría, amor. Ella misma escribió: “Algunas veces, antes aún de que el Señor me hable, siento como fuertes abrazos; otras veces lo siento al final; me invade de improviso un calor tan fuerte, tan ardiente, que no me sé explicar; a veces me siento acariciar por el Señor”.

Le preguntó a Jesús que por qué tenía ese tratamiento tan dulce y especial con ella, que no era más que una pobre pecadora. Jesús le respondió: “No hago esto sólo a las almas santas. Me comunico también a las almas pecadoras como tú, para infundirles confianza en Mí; también ellas pueden amar al señor y llegar a ser santas.”.

Cuando un alma comienza a ser llevada por caminos místicos (apariciones, locuciones sobrenaturales, éxtasis en la oración) es necesario que un sabio y prudente director

espiritual acompañe a esa alma y la guíe, pues el peligro de ser engañada es muy grande. Las almas místicas pueden caer en soberbia (creyéndose mejores que otras) y en engaños sobre el origen de sus manifestaciones sobrenaturales atribuyendo al Espíritu Santo lo que no son sino sugerencias suyas (por profundas que sean) o incluso posibles engaños del demonio. Por eso es importante la presencia de un director espiritual. Alejandrina ya había pedido el año anterior, 1933, al padre Mariano Pinho, sacerdote jesuita, que fuera su director espiritual *. Con rapidez le reveló todo lo que estaba ocurriendo y siguió su guía y consejo ante estas manifestaciones místicas.

Jesús le reveló a Alejandrina cuál era su misión y el sentido de sus dolores:

-La misión que te he confiado son mis sagrarios y los pecadores: he sido Yo quien te ha elevado a tan alto grado. ¡Ha sido mi amor!

*Este sería su primer director espiritual: desde 1933 hasta 1944. Después seguiría la labor el padre Humberto Pasquale, desde 1944 hasta la muerte de Alejandrina.

Los Sagrarios

La misión de Alejandrina con los Sagrarios (lugar de la Iglesia donde se guardan las formas consagradas) había empezado años antes. Un día que estaba sola, le vino de repente este pensamiento: “Jesús, tú estás prisionero en el Sagrario y yo en mi lecho por tu voluntad. Nos haremos compañía”. Desde entonces intentaba acompañar a Jesús en cada Sagrario de cada Iglesia espiritualmente, yendo allí con

su mente y su espíritu para adorar al Señor y consolarlo. Especialmente lo hacía de noche.

Sus sentimientos quedan reflejados en lo que escribió en aquellos momentos: “Oh, mi querido Jesús, yo quería visitarte en tus Sagrarios, pero no puedo porque mi dolencia me obliga a estar retenida en mi querido lecho de dolor. Hágase tu voluntad, Señor; pero, al menos, Jesús mío, haz que no pase ni siquiera un momento sin que yo vaya en espíritu a las puertecitas de tus Sagrarios para decirte: ¡Jesús mío, quiero amarte! Quiero abrazarme toda en las llamas de tu amor y suplicarte por los pecadores y por las almas del Purgatorio... Oh mi Jesús, yo quiero que cada dolor que sienta, cada palpitación de mi corazón, cada vez que respire, cada segundo de las horas que pase, sean actos de amor para tus Sagrarios. Yo quiero que cada movimiento de mis pies, de mis manos, de mis labios, de mi lengua, cada vez que abra o cierre los ojos, cada lágrima, cada sonrisa, cada alegría, cada tristeza, cada tribulación, cada distracción, contrariedades o disgustos sean actos de amor para tus Sagrarios.”

Cuando Jesús empezó a hablarle simplemente le confirmó la importancia que esta misión de los Sagrarios tendría en su vida. “Me dice Jesús -escribe Alejandrina- que se sirve de mí para que, por medio mío, muchas almas vayan a Él y muchas se sientan estimuladas a amarlo en la Santísima Eucaristía”.

Un día Jesús le dijo expresamente: “*Haz que yo sea amado por todos en mi Sacramento de amor, el mayor de los Sacramentos, el milagro más grande de mi sabiduría.... ¿Quieres consolarme? ¿Quieres consolar al santificador de tu*

alma? Ve a los sagrarios... ¿No te doy pena? Estoy en los sagrarios solo, tan abandonado y tan ofendido... Ve a reparar todo eso... Visitar a los presos en la cárcel y consolarlos es obra buena. Yo estoy preso, y preso por amor. Yo soy el preso de los presos... Los hombres no creen en mi existencia; ¡no creen que yo habite allí! Blasfeman contra Mí. Otros creen pero no me aman y no me visitan; viven como si Yo no estuviese allí. Ve a los Sagrarios... Escribe que yo quiero que se predique la devoción a los Sagrarios. Quiero que se encienda en las almas la devoción hacia estas prisiones de amor; no me he quedado en ellas sólo por amor de los que me aman, sino por todos... ¡Son tantos los que, aun entrando en las iglesias, ni siquiera me saludan y no se detienen un momento para adorarme!"

Jesús se lamentó también de la pobreza física de sus Sagrarios: *"Yo estoy allí como un pobre mendigo, sucio y andrajoso. Que las almas procuren que Yo esté limpio y decoroso"*.

Alejandrina comulgaba con gran reverencia y adoración. Preguntada sobre lo que le decía a Jesús al comulgar respondió: *"Le digo así: Oh Jesús, dame fuego, dame amor: amor que me queme, amor que me dé muerte. Quiero vivir y morir de amor"*. En cierta ocasión reveló que Jesús le había respondido: *"Sí, tú morirás de amor puesto que vives de amor"*.

Los pecadores

Junto a la misión de los Sagrarios, Jesús encomendó a Alejandrina la misión de salvar a los pecadores. ¿Cómo?

Rezando por ellos y ofreciendo sus dolores para salvarlos, uniéndolos a la Pasión salvadora de Cristo.

Cuando Jesús empezó a hablarle, Alejandrina le preguntaba: “Oh, Jesús mío, ¿qué quieres que yo haga?”; y siempre recibía la misma respuesta: “Sufrir. Amar. Reparar”.

En otra ocasión le dijo: *“Dame tus manos porque las quiero clavar conmigo; dame tus pies que los quiero clavar conmigo; dame tu cabeza que la quiero coronar de espinas como hicieron conmigo; dame tu corazón que lo quiero traspasar con la lanza, como me traspasaron a mí; conságrame tu cuerpo ofrécete toda a mí, que te quiero poseer totalmente”*. Por estas razones, en cada Santa Misa, Alejandrina empezó a ofrecerse al Eterno Padre como víctima por los pecadores, junto con Jesús y según Sus intenciones. Todos los dolores de su penosa enfermedad iban ofrecidos a este fin. Su misión era sufrir por los pecadores y reparar el amor ofendido de Dios.



Los dolores empezaron a aumentar. Alejandrina no decía nada a nadie. Revelaba su sufrimiento solamente a su director espiritual y a su hermana Deolinda. A los demás no contaba nada. Su madre, de hecho, permaneció ignorante de gran parte de las cosas que sucedían en aquella habitación. Desde el día que se ofreció como víctima alejandrina repetía con frecuencia esta oración: “Oh Jesús, pon en mis labios una sonrisa que engañe, de modo que pueda esconder a los demás todo el martirio de mi alma; basta que tú solo conozcas mi padecer”.

Fue creciendo en ella siempre más el amor al sufrimiento, conforme su vocación de víctima se hacía sentir de manera más clara. Algunas personas, al leer estas cosas, quedaran muy sorprendidos: “¿Es que Alejandrina amaba el dolor por el dolor?”. ¡De ninguna manera! Amar el dolor por el dolor no es cristiano. Alejandrina quería el dolor porque había descubierto que gracias al amor podía ofrecerlo por la salvación de los demás. ¡Es precisamente el amor, y sólo el amor, el que daba sentido a su sufrimiento! ¡Había descubierto que precisamente Jesús había hecho lo mismo: convertir algo tan absurdo como el dolor en el medio para salvarnos, porque ofreció con gran amor sus dolores por nosotros! *El fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron... El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación (Is 53, 5. 10) Cristo os amó y se entregó por nosotros a Dios como oblación y víctima de suave olor (Ef 5, 2) En esto se manifestó el amor*

que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados (1 Jn 4, 9-10).

Jesús le dijo: “Si me amas, si eres toda mía, no me rehúses lo que te pido; sé mi víctima... Hija mía, el sufrimiento, la cruz, es la llave del Cielo. Sufrí mucho para abrir el Cielo a la humanidad y para muchos es inútil. Dicen: “Quiero gozar, no he venido al mundo para nada más. Quiero satisfacer mis pasiones”. Dicen: “No hay infierno”. Yo he muerto por ellos y dicen que no me lo habían pedido, y contra mí lanzan herejías y profieren blasfemias. Para salvarlos escojo almas, pongo sobre sus hombros la cruz y me comprometo a ayudarlas. ¡Feliz el alma que comprende el valor del sufrimiento! Mi Cruz es suave cuando se lleva por mi amor.”

Una gracia mística increíble: revivir místicamente la pasión de Jesús

La mañana del 2 de octubre de 1938 el Señor le dijo a Alejandrina que iba a pasar por toda su Santa Pasión, desde el huerto de los olivos hasta el monte Calvario. Le dijo que esto ocurriría todos los viernes del año poco después del mediodía hasta las tres de la tarde, comenzando sus dolores el jueves anterior por la noche. La primera vez sería al día siguiente, viernes 3 de octubre. Ella contó esta novedad a su director espiritual. No sabían muy bien exactamente qué iba a ocurrir.

En la noche del 2 al 3 de octubre de 1938 Alejandrina sufrió mucho físicamente y espiritualmente. Tremendos y horribles dolores invadieron su cuerpo. Vomitó sangre. Y así empezó a sufrir místicamente la Pasión de Jesús todos los viernes del año. Desde el 3 de Octubre de 1938 hasta el 24 de marzo de 1942 (o sea: por 182 veces), vivió cada viernes los sufrimientos de la Pasión.

El jueves por la noche ya comenzaban los dolores. Pero los peores momentos llegaban el viernes, desde el mediodía hasta las tres de la tarde. Alejandrina permanecía tres horas y media en éxtasis. No veía ni oía otra cosa más que la Pasión de Jesús que se renovaba en su cuerpo y en su alma. Los dolores del Señor repercutían en ella uno por uno, desde el huerto de los olivos hasta su muerte en la Cruz. Ante el asombro de los que pudieron contemplarla en esos momentos, Alejandrina, a pesar de su absoluta inmovilidad y parálisis, cuando entraba en éxtasis, saltaba de la cama y reproducía todos los movimientos que Jesús realizó durante la Pasión: cargar la cruz, ser crucificado... Los doctores, que muchas veces estuvieron presentes en esos momentos y la examinaban, no sabían cómo podía llegar a hacer dichos movimientos.

Otras cosas también llamaron poderosamente la atención a los testigos:

*Cualquier movimiento, aún brusco, como tirarse de la cama, revolcarse y arrastrarse, era hecho con tal compostura y modestia, que no fue nunca necesario recomponerle su vestido. Los testigos decían: “Teníamos la impresión de que

tuviese al lado un Ángel para mantenerle adheridos los vestidos”.

*Cuando estaba reviviendo el momento de cargar con la Cruz hasta el monte Calvario, varios hombres, amigos de la familia, intentaron levantar a Alejandrina del suelo. No pudieron. Por más que lo intentaron con todas sus fuerzas era imposible mover el cuerpo de aquella chica que apenas pesaba 40 kilos. Un peso enorme la retenía allí clavada. Ella explicó que era el peso de la Cruz. Su director espiritual le preguntó en cierta ocasión, durante el éxtasis, cuál era exactamente el peso de la cruz, a lo que Alejandrina respondió, como si hablase por ella el mismísimo Jesús: “Mi Cruz tiene un peso mundial”. Respuesta perfecta e increíble, porque realmente en la Cruz de Jesús estaban todos los pecados de toda la historia de la humanidad. La propia Alejandrina decía que ese peso mundial también lo sentía en la agonía del huerto: le parecía estar aplastada y triturada por el cúmulo de los pecados y el peso de la justicia divina.

*Muchos testigos se dieron cuenta de que en el momento de la crucifixión Alejandrina mostraba un dolor especial en la zona de las muñecas, no en la palma de las manos. Le preguntaron el motivo a lo que ella contestó: “Jesús no fue clavado en las manos, sino en las muñecas”. En 1938 prácticamente todo el mundo tenía en su cabeza la imagen de Jesús con los clavos en las palmas de su mano, pues así tradicionalmente había sido representado. Hoy día sabemos, gracias a la ciencia médica y a los descubrimientos de la arqueología ,que las personas que eran crucificadas les

clavaban los clavos en las muñecas. El hecho de que Alejandrina supiera esto demuestra que realmente estaba recibiendo revelaciones sobrenaturales. Asimismo explicó que la corona de espinas, más que una corona alrededor de la cabeza de Jesús, era una especie de casco de espinas que le cubría la cabeza entera, detalle que también hemos descubierto en estos últimos años y que responde perfectamente a la realidad de lo que fue la coronación de espinas de Jesús.



Alejandrina en éxtasis,
reviviendo la Pasión

*Apenas clavada de repente el cuerpo de Alejandrina era volteado quedando de bruces durante unos instantes en el suelo para acto seguido, con otro movimiento increíble, ser colocada de nuevo boca arriba. Al preguntarle por el motivo de aquel movimiento tan extraordinario ella explicaba que en ese momento volteaban la Cruz para remachar los clavos.

*Todas las caídas y golpes que durante tres horas y media Alejandrina sufría cada viernes en este revivir místicamente la

pasión de Jesús, dejaban en su cuerpo muchos moratones y contusiones que, inexplicablemente ,al terminar el éxtasis, desaparecían en poco tiempo, dejando su cuerpo sin ninguna señal, como si no hubiera pasado nada.

Desde que empezó esta gracia mística de revivir la Pasión de Jesús Alejandrina empezó a sentir y notar el olor de los pecados. Eran unos olores increíblemente repugnantes. Muchas veces, si iba a verla una persona que vivía en el pecado, Alejandrina notaba un olor tan desagradable (como de carne en putrefacción) que no podía soportarlo. Daba igual que en ese momento llenaran la habitación de perfumes o de flores de agradable olor: el mal olor del pecado era terrible. Desde estos momentos Alejandrina, con solo oír la palabra pecado o pecador, sentía un estremecimiento fuerte en su alma y en su cuerpo.

Cuando terminó de vivir la Pasión mística de Jesús en su cuerpo (año 1942) comenzó a sufrir la Pasión íntima de Jesús: un dolor más íntimo y oculto. Era menos espectacular (ya no ejecutaba los movimientos tan increíbles los viernes de cada año) pero según Alejandrina era bastante más dolorosa que la Pasión física.

La Consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María

En 1936, por orden de Jesús, ella le pidió al Santo Padre (por aquel entonces Pío XI), por medio del padre Pinho, la consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María.

Esta súplica fue varias veces renovada hasta 1941, por lo que la Santa Sede interrogó por tres veces al Arzobispo de Braga sobre Alejandrina. La petición coincidía con lo que Sor Lucía, la única superviviente de las apariciones de la Virgen en Fátima, también estaba pidiendo.

El 31 de octubre de 1942 Pío XII consagró el mundo al Corazón Inmaculado de María con un mensaje transmitido a Fátima en lengua portuguesa. Este acto lo renovó en Roma en la Basílica de San Pedro el 8 de diciembre del mismo año.

Alejandrina quedó, de esta manera, unida a la misión profética de Fátima, ya que sin tener contacto con Sor Lucía, recibieron el mismo mensaje que debía ser transmitido al Papa.

El demonio la odiaba

Dios permitió que el demonio atacara de forma especial a Alejandrina. No solamente con tentaciones, con temores y dudas, como puede hacer con el resto de cristianos, sino incluso con intervenciones más directas, incluso físicas. El demonio no podía soportar todo el bien que Alejandrina conseguía para el mundo, la Iglesia y las almas ofreciendo sus dolores.

Así pues, el demonio, no solamente intentaba torturar su mente con tentaciones y con pensamientos feos y blasfemos, sino que empezó a atacarla físicamente: la tiraba de la cama, tanto de noche como a cualquier hora del día, e incluso la lanzaba con violencia sobre la pared. Un día se quedó su hermana Deolinda a dormir sobre un colchón tendido cerca de

la cama de Alejandrina para tratar de ayudarla en estos momentos. Pero esa noche el demonio lanzó con tanta fuerza a Alejandrina contra la pared que pasó por encima del colchón de su hermana que sólo pudo mirar, sin poder hacer nada. Una tarde los familiares vieron la cama de alejandrina envuelta en un humo denso y fétido. Además, con frecuencia, la cama sufría sacudidas formidables.

Alejandrina no se asustaba con estas cosas. Si Dios permitía que el demonio la molestase así, es que también esas cosas podían ofrecerse por la salvación de los pecadores, como sus sufrimientos. A quien le pedía explicaciones sobre estas manifestaciones tan extraordinarias del espíritu del mal, Alejandrina simplemente respondía con una sonrisa tranquilizadora. No quería darle mucho protagonismo al demonio.

Poco a poco tales manifestaciones fueron desapareciendo.



Alejandrina
en éxtasis

Un ayuno extraordinario

En marzo de 1942 el señor le dijo a Alejandrina: *“No te alimentarás ya más sobre la tierra. Tu alimento es mi carne... no quiero que tomes medicinas, excepto aquellas a las que no se pueda atribuir valor alimenticio. Esta orden es para tu médico”*.

Y así, desde el 27 de marzo de 1942 en adelante Alejandrina dejó de alimentarse. Este ayuno extraordinario duró exactamente 13 años y 7 meses, hasta el día de su muerte. Durante este tiempo la eucaristía se convirtió en su único alimento.

En 1943, por cuarenta días y cuarenta noches, el ayuno de Alejandrina fue estrictamente controlado en un hospital (donde estuvo internada) por un equipo de excelentes médicos.

El informe médico final es muy significativo. Dice: “Es para nosotros completamente cierto que, durante los cuarenta días de estancia en el hospital, la enferma no comió ni bebió; no orinó ni defecó... todo esto nos deja perplejos, en espera de que una explicación aporte la luz necesaria... atestiguamos también que se conservaron inalterados el peso de Alejandrina, la temperatura, la respiración, la presión, el pulso, la sangre; que sus facultades mentales se manifestaron claramente normales, constantes y lúcidas... la enferma, durante aquel tiempo, respondió todos los días a muchas preguntas y sostuvo innumerables conversaciones,

mostrando una óptima disposición y la mejor lucidez de espíritu”.

Misión por los sacerdotes

Alejandrina amaba a los sacerdotes y ofrecía sus sufrimientos por ellos, sabiendo la importante misión que tienen en sus manos. Rezaba por ellos y les ayudaba todo lo que podía.

Sabemos que una de las veces que revivió la pasión místicamente, Jesús le pidió que ofreciera los dolores del huerto de los olivos por un sacerdote que se había alejado de Él y vivía en pecado. Tenía engañada a mucha gente. Alejandrina tuvo que sufrir inmensos dolores por este sacerdote. Jesús le reveló finalmente el nombre del sacerdote y el director espiritual de Alejandrina, con la debida prudencia, hizo averiguaciones y supo que, efectivamente, aquel sacerdote había vivido alejado de Jesús y en una vida oculta de pecado. Finalmente el sacerdote pidió perdón, se confesó y murió en paz.

En otra ocasión un sacerdote que la visitaba, al ir a bendecirla, vio en el rostro de Alejandrina el rostro doloroso de Jesús. Quedó tan impactado por la visión que, cuando pudo estar solo, lloró amargamente por sus propios pecados como sacerdote, recordando la mirada compasiva de Jesús. El Señor le había hecho mirar con gran luz su situación interior. Aquello fue su salvación.

Tenemos testimonios de sacerdotes que tras ir a ver a Alejandrina sentían renacer con más fuerza su vocación sacerdotal. Uno de ellos atestiguó: “Puedo y debo decir que salía de aquella habitación más sacerdote y con mayor celo por las almas. Allí se hablaba sólo de Dios y de las cosas que conducen a Él. Un día, durante cerca de media hora, me habló de la Santísima Trinidad, de la vida íntima con Dios y de la gracia santificante. Ella no tenía cultura y sin embargo trataba el tema como el teólogo más hábil y como nadie sería capaz de hablar de cosas tan altas y sublimes... Una vez estábamos cinco sacerdotes y Alejandrina habló del sacerdocio y de la necesidad de sacerdotes santos de tal forma, que debo confesar que nunca nadie me habló de tal asunto de aquella manera”.

Perseguida por la Iglesia

Como si no fueran suficientes las pruebas a las que había sido sometida Alejandrina, parece que el Señor quiso terminar de purificar a su alma predilecta y permitió una de las pruebas más dolorosas para un alma fiel a Jesús: que la misma iglesia persiguiera, dudara y desconfiara de ella. Algunos sacerdotes encargados de averiguar si Alejandrina era realmente un alma santa o una impostora tergiversaron los hechos y, dejándose llevar por informes de médicos ateos o de personas que no merecían confianza, atacaron a Alejandrina diciendo que todo lo que sucedía en torno a ella no era sobrenatural sino inventado y que por lo tanto no era conveniente hablar de ella ni dar a conocer su vida. Uno de estos sacerdotes , que era

canónigo, en cierta ocasión, visitándola en su habitación y preguntándole cosas inconvenientes que Alejandrina no quería contestar, la amenazó con fuerte tono:

-Recuerde, Alejandrina, que su caso está en mis manos.

A lo que Alejandrina, con dulzura, respondió:

-Mi caso, señor canónigo, está en las manos de Dios.

Finalmente el Señor permitió que, tras un tiempo de desconfianza y prueba, la Iglesia pudiera conocer con más profundidad y exactitud los hechos de la vida de Alejandrina, y confirmara plenamente que lo que sucedía en torno a ella provenía del Señor. Ella perdonó de corazón, no solamente a los sacerdotes que habían dudado de ella, sino también a ciertas personas que habían manipulado a estos sacerdotes haciendo comentarios críticos y malintencionados para crear desconfianza.

Inmensa caridad

Como hemos visto anteriormente Alejandrina perdonaba de corazón a todo aquel que la hubiera dañado fuera como fuera. Un perdón total y absoluto, sin ningún rastro de rencor. Ella misma había escrito: “Amo a quien me ama; amo a los justos y a los pecadores; amo a quien me hiere, porque veo a Jesús en todos y amo a todos por amor de Jesús”.

Durante muchas veces, a lo largo de su vida, perdonó de corazón a personas que la dañaron o la trataron de farsante. Incluso el hombre que la atacó y quiso violarla cuando tenía 14 años provocándole la parálisis que la mantuvo en cama toda su vida se vio beneficiado de este perdón. Mucho más

adelante dicha persona se encontró en una situación personal crítica y difícil. Alejandrina, que ya le había perdonado de corazón, no dudó un instante en ayudarlo a salir de su penosa situación. El hombre, arrepentido, llegó incluso a visitar varias veces a Alejandrina en su habitación. Siempre salía profundamente conmovido. Un día, con lágrimas en los ojos, le dijo al director espiritual de Alejandrina: “Está en esa cama por culpa mía”.

A pesar de sus sufrimientos, ella continuamente se interesaba del bien espiritual o material de cuantas personas pobres y necesitadas se atrevían a recurrir a ella en sus desgracias. Especialmente en los últimos años de su vida, muchas personas acudían a ella, aún de lejos, atraídas por su fama de santidad; y bastantes atribuían a sus consejos su conversión.

Tenemos el caso de un hombre que se presentó vestido de manera muy elegante para hablar con Alejandrina. Aquel individuo llevaba una vida desarreglada: mantenía relaciones sexuales con una mujer con la que no estaba casado. Como prueba de ello mostró a la enferma la llave de casa de la mujer. Alejandrina le convenció de que abandonara esa vida y el hombre prometió que cuando pasara por el puente, junto a la parroquia, tiraría la llave al agua. La enferma lo miró fijamente aprobando la decisión. Pero añadió enseguida:

-De aquí al puente hay una cierta distancia. En el camino la tentación al mal puede hacerle cambiar de idea. Será mejor que me deje a mí la llave.

Aquel hombre así lo hizo y dejó la llave en la mesilla de al lado de la cama. Salió de la habitación con el rostro sereno y sonriente, dando las gracias porque su corazón sentía un alivio de paz como nunca había experimentado. Alejandrina conservó la llave y de hecho fue encontrada entre sus cosas personales después de su muerte.

Tenemos multitud de testimonios, de muchísimas personas necesitadas, hablando de los grandes beneficios que Alejandrina había hecho por ellos. Leamos algunos, tal y como fueron recogidos en la investigación para el proceso sobre sus virtudes y fama de santidad:

“Durante una enfermedad mía, y para mantener a mis cinco hijos, Alejandrina me socorrió muchas veces”.

“Habiendo ingresado en el hospital, ella ayudó a mi familia. Encargó a su hermana que me visitara con bastante frecuencia y me llevara siempre una ayuda económica”.

“Me prestó dinero para afrontar graves necesidades de familia y no quiso nunca intereses. Vistió muchas veces a mis hijos. Encontró trabajo para mi marido en una fábrica”.

“Durante una estancia mía en el hospital proveyó siempre a la comida de mis dos hijos. Me estuvo ayudando con dinero hasta que pude reincorporarme al trabajo”.

“Cuando el tribunal me desalojó de mi vivienda junto a mi familia, Alejandrina se interesó para que tuviéramos gratuitamente una casa de una amiga suya. Luego organizó una comisión para recoger el dinero suficiente para construimos una casa”.

“Tenía nueve hijos y me quedé viuda siendo todavía bastante joven. Vino enseguida en mi ayuda diciéndome: No pases hambre . Cuando tengas necesidad ven. ¡Te daré siempre cuanto necesites!”.

“Vestía a los huérfanos para que no sintiesen la falta de sus padres. Sobre ellos derramaba, desde su lecho de dolor, muchas atenciones y afecto”.

Alejandrina realizaba estos actos de caridad en silencio. Cuando elegía una persona como portador de limosnas, le daba el dinero envuelto en un papel y le decía: “Tal persona vive en apuros. Llévale este dinero, pero te ruego que guardes el secreto”. Y cuando las personas querían agradecerle la ayuda recibida, decía: “Agradecedlo a la Providencia de Dios y ¡que nadie más lo sepa!”.

La fama de santidad que la había acompañado durante su vida empezó a crecer. Sin embargo Alejandrina vivía en una profunda humildad. De ninguna manera se creía una santa o actuaba de forma que diera a entender que buscaba el aplauso o la admiración de la gente De hecho la doctora Irene Acevedo, amiga íntima de Alejandrina, dijo de ella: “Los elogios no la rozaban siquiera... atribuía todo a Dios”.

En 1950 Alejandrina festejó el veinticinco aniversario de su inmovilidad.

Recibió nuevas pruebas dolorosas como cuando los sacerdotes que habían dirigido espiritualmente su alma, el padre Pinho (desde 1933 a 1944) y el padre Humberto (desde 1944 en adelante) fueron destinados fuera de Portugal, a otros

países, alejados así de Alejandrina. Lo asumió con paz y entrega, mostrando que no estaba apegada ni atada a nadie.

“Soy feliz porque voy al Cielo”

El 7 de enero de 1955 se le anunció que éste sería el año de su muerte. Jesús le dijo: *“Hija mía, estás en tu año... tu misión en la tierra terminará pronto... el Cielo es tuyo. Allí continuarás tu misión”*.

En mayo de 1955 se le apareció la Santísima Virgen María mostrándole su Corazón Inmaculado. Alejandrina nos cuenta: “Me mostró su Corazón abierto; unido al suyo estaba el de Jesús, también abierto. Después de haberme acariciado, me dijo: *“Hija mía, hija mía, Jesús pide -y yo lo pido con él-penitencia y reparación. Son los pecados los que nos desgarran así. Dentro de poco vendrá a tomarte para llevarte conmigo al cielo. Uno tu corazón a los nuestros para que tú vivas nuestros sufrimientos”*. Entonces Jesús se acercó e hizo de los tres corazones un solo corazón, inyectando en el mío una gota de su sangre divina”.

En el mes de septiembre aconteció en Alejandrina la gracia llamada “comunió n mística”. Durante dos viernes consecutivos faltó el sacerdote de la parroquia que solía llevar la comunió n a Alejandrina. No se quedó sin recibirla porque de modo extraordinario se la llevaron los ángeles. La primera vez tres ángeles. La segunda vez eran una multitud.

El 12 de octubre quiso recibir la unción de los enfermos. Cuando vio que los presentes lloraban les dijo: “No lloréis

porque voy al Cielo". Y añadió: "Oh Jesús, no puedo estar más en la tierra... sufrí todo en esta vida por las almas. Me he exprimido, me he consumado en esta cama hasta dar mi sangre por las almas.. Oh Jesús, perdona al mundo entero. Me siento muy feliz. Soy feliz porque voy al Cielo".

Al día siguiente dijo a un grupo numeroso de personas que fue a visitarla: "¡Adiós, hasta el Cielo! ¡No pequéis! ¡El mundo no vale nada! ¡Comulgad con frecuencia! ¡Rezad el Rosario todos los días!".

Por la tarde le dio un prolongado beso al crucifijo y sin ninguna muestra de dolor expiró. Era jueves, su día predilecto por ser el día de la eucaristía (ya que en un jueves Jesús instituyó el santísimo sacramento); era 13 de octubre, aniversario de la última aparición de la Virgen de Fátima.

Enseguida una multitud grandísima de personas se acercó a la casa para poder ver por última vez a aquella enferma santa, que tanto bien y tantas gracias les había alcanzado de Dios.

El director espiritual de Alejandrina, el padre Humberto, el 16 de octubre de 1955, mientras estaba en Sicilia, Italia, tras celebrar la Santa Misa, recibió la visita de una mujer que entró en la sacristía y le dijo: "Mientras usted estaba celebrando ha venido la Virgen María y me ha encargado que le diga esto: que Alejandrina ha muerto y ya está en el Cielo. Yo no sé quién será esa Alejandrina, usted lo sabrá; pero la Virgen ha dicho eso. Es más, ha añadido: dile al padre que no se quede triste porque Alejandrina está cerca de él". Cuatro días después le llegó la noticia de la muerte de Alejandrina.

Enseguida empezó a trabajar, escribiendo su vida, para que el mundo y la Iglesia conocieran la belleza de esta alma.

Su funeral fue muy sencillo y pobre, ya que ella misma había pedido ser enterrada en una caja que no llamara la atención. Quiso sobre su tumba una Cruz y junto a ella una imagen de la Santísima Virgen María.

En 1978 sus restos fueron trasladados del cementerio a la iglesia parroquial de Balasar. Sobre su tumba se leen estas palabras que ella quiso poner allí: "Pecadores, si las cenizas de mi cuerpo pueden ser útiles para salvaros, acercaos, pasad sobre ellas, pisadlas hasta que desaparezcan. Pero ya no pequéis; no ofendáis más a nuestro Jesús!". Es la síntesis de su vida gastada exclusivamente para salvar las almas.

Alejandrina fue beatificada por el Papa San Juan Pablo II en el año 2004.



Habitación y cama de Alejandrina

Terminamos este breve resumen de su vida con una carta abierta que la propia Alejandrina, en Julio de 1947, quiso escribir a los pecadores:

“He pasado mi vida sufriendo y pasaré mi Cielo
amando y rezando a Jesús por vosotros, pecadores.
Convertíos y amad a Jesús; amad a la Madre del Cielo.

Venid, vamos todos al Cielo.

Si conocierais el amor de Jesús,
moriríais de dolor por haberle ofendido.

¡No pequéis, no pequéis!

Jesús nos ha creado; Jesús es Padre”.



Encuentra más contenidos que pueden ayudarte en:

* www.consagrationalavirgen.com

* Canal de Youtube ADJEMA (*Ad Jesum per Mariam*)